

JACK EL-HAI

..... EL

NAZI

Y EL

PSIQUIATRA

HERMANN GÖRING Y DOUGLAS M. KELLEY:
UN ENCUENTRO LETAL DE MENTES AL FIN
DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Título original: *The Nazi and the Psychiatrist: Hermann Göring, Dr. Douglas M. Kelley and a Fatal Meeting of Minds at the End of WWII*
Traducción: Alejandra Ramos Aragón

Diseño de portada: Pete Garceau

© 2013, Jack El-Hai
Publicado en inglés en Estados Unidos de América por PublicAffairs™,
Miembro de Perseus Books Group
Publicado en español mediante acuerdo con Perseus Books Inc.
All rights reserved.

Derechos exclusivos en español para América Latina y
Estados Unidos de América

© 2014, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: mayo de 2014
ISBN: 978-607-07-2144-1

Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4313-3
ISBN 10: 958-42-4313-6

Primera edición (Colombia): enero de 2015
Impresión y encuadernación:
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Para ESTELLE EL-HAI y el doctor ARNOLD E. ARONSON
con todo mi amor y gratitud

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| Personajes principales _____ | 9 |
| 1 La casa _____ | 11 |
| 2 Mondorf-les-Bains _____ | 13 |
| 3 El psiquiatra _____ | 37 |
| 4 Entre las ruinas _____ | 63 |
| 5 Las pruebas de Rorschach _____ | 93 |
| 6 El intruso _____ | 126 |
| 7 El Palacio de Justicia _____ | 151 |
| 8 La mente nazi _____ | 185 |
| 9 Cianuro _____ | 215 |
| 10 <i>Post mortem</i> _____ | 251 |
| <i>Agradecimientos</i> _____ | 265 |
| <i>Notas</i> _____ | 267 |
| <i>Bibliografía</i> _____ | 287 |
| <i>Índice</i> _____ | 303 |
| <i>Apéndice fotográfico entre las páginas 150 y 151</i> | |

PERSONAJES PRINCIPALES

PERSONAL DE LA PRISIÓN DE NÚREMBERG

Coronel Burton Andrus, comandante
Capitán John Dolibois, oficial de trabajo social
Teniente Gustave Gilbert, psicólogo
Mayor Douglas McGlashan Kelley, psiquiatra
Howard Triest, traductor

ACUSADOS DE NÚREMBERG

Karl Dönitz, almirante y sucesor del Führer designado
por Hitler
Hans Frank, gobernador general de Polonia ocupada
por los nazis
Wilhelm Frick, director de la división de radio, Ministerio
de Propaganda Alemán
Walther Funk, ministro de economía
Hermann Göring, Reichsmarschall (Mariscal del Reich)
y jefe de la Luftwaffe
Rudolf Hess, segundo en la jerarquía del Führer
Alfred Jodl, jefe de operaciones del Alto Mando Alemán
Ernst Kaltenbrunner, jefe de la policía de seguridad
Wilhelm Keitel, jefe de personal del Alto Mando Alemán
Robert Ley, jefe del Frente Alemán del Trabajo
Konstantin von Neurath, ministro de asuntos exteriores
(hasta 1938)
Franz von Papen, vicescanciller alemán

Erich Raeder, comandante en jefe de la armada alemana

Joachim von Ribbentrop, ministro de asuntos exteriores

Alfred Rosenberg, filósofo del Partido Nazi y ministro

del Reich para los Territorios Ocupados del Este

Fritz Sauckel, jefe de reclutamiento de esclavos para trabajos

Hjalmar Schacht, presidente del Reichsbank

y ministro de economía (hasta 1937)

Baldur von Schirach, líder de las juventudes hitlerianas

Arthur Seyss-Inquart, canciller austriaco y comisionado

del Reich para los Países Bajos

Albert Speer, ministro del Reich para armamento y municiones

Julius Streicher, editor del periódico *Der Stürmer* (El Atacante)

OFICIALES DEL TRIBUNAL MILITAR INTERNACIONAL

William Donovan, alias Wild Bill, asistente especial

del fiscal en jefe

Robert Jackson, abogado, fiscal en jefe de Estados Unidos

Juez Geoffrey Lawrence, presidente del tribunal

FAMILIA DE DOUGLAS MCGLASHAN KELLEY

Charles McGlashan, abuelo

June McGlashan Kelley, madre

George Kelley, alias Doc, padre

Alice Vivienne Hill Kelley, alias Dukie, esposa

Doug, Alicia y Allen Kelley, hijos

Los Kelley vivían en una villa estilo mediterráneo que se extendía por Highgate Road, en las colinas de Kensington, al norte de Berkeley, California. El techo de baldosas rojas se cernía sobre las distantes y vagas aguas de la bahía, pero un poco más cerca, pasando las cuatro terrazas del patio, los caminos empedrados y la pendiente de árboles de maderas rojas cargados de frutos, se erigían las lápidas del cementerio Sunset View.

En el patio central de la casa en forma de «U» de los Kelley, había un pequeño carrusel y un chapoteadero. La puerta del frente abría hacia el recibidor y la cocina estaba del lado izquierdo; ahí, el doctor tenía un horno grande, una parrilla para comida rápida y un molino de carne para preparar las comidas de la familia. La cocina estaba conectada a un pequeño almacén donde había un congelador. En una ocasión, el hijo mayor se sentó sobre ese ruidoso aparato doméstico y contempló la posibilidad de asesinar a su padre con un hacha.

El recibidor de la entrada conducía, del lado derecho, a un baño —lugar donde el primer día de 1958 se desarrolló una horripilante escena—, y más adelante, llegaba a la sala, donde estaban la chimenea, el sofá largo y el sillón de cuero verde del doctor. Era una habitación alfombrada cuyo mobiliario fue pegado a las paredes con intención de hacer espacio para los invitados. A veces el doctor Kelley jugaba ahí con su hijo mayor. El niño tenía que abandonar la habitación y, en su ausencia, el doctor movía un lápiz que estaba sobre la mesa de centro. Cuando el pequeño regresaba, debía descubrir qué había cambiado.

Más allá, pasando la sala, se encontraba la habitación del doctor Kelley y

Dukie, la cual tenía vista a la parte trasera del terreno de dos mil metros cuadrados, y sobre el corredor había un pequeño clóset donde los niños se metían a escondidas y desde donde podían escuchar las peleas de sus padres.

En la sala había unas escaleras manchadas de negro que conducían al segundo piso. Ahí, oculto debajo de un tapete, había un agujero de bala que marcaba el piso de madera de un corredor bañado de luz solar que entraba por una serie de altos ventanales. Antes de llegar al final, al despacho, el corredor pasaba por un clóset donde el doctor Kelley ocultaba los trucos de magia y la utilería que usaba en sus espectáculos.

La vista desde la ventana del despacho ofrecía un panorama glorioso de la bahía del Golden Gate y la torre de la prisión en la isla de Alcatraz. El doctor Kelley giró su silla para contemplar la vista, fijó su mirada en la prisión y recordó los meses que pasó trabajando en otra prisión, en Núremberg. Su escritorio estaba perfectamente ordenado. En vitrinas del pequeño laboratorio que tenía, guardaba sierras para cortar huesos, morteros, mecheros de alcohol, probetas, vasos de precipitado, una colección de cristales, muestras botánicas montadas en portaobjetos, dos cráneos humanos y una amplia variedad de compuestos químicos, muchos de ellos tóxicos.

Los niños dormían en habitaciones situadas en el sótano, y temían las visitas imprevistas del doctor Kelley para desearles buenas noches. Cada vez que escuchaban el crujido provocado por su peso sobre las escaleras, sabían que solo les quedaban unos cuantos segundos para prepararse y enfrentar el estado de ánimo en que se encontrara su padre en ese momento.

La última discusión comenzó en la cocina. A menudo, cuando el doctor Kelley y Dukie peleaban, ella metía algunas cosas a su bolso y se iba todo el día; pero esa vez, el doctor salió de pronto gritando de la cocina y, enfurecido, subió por las escaleras hasta su despacho. Azotó la puerta, y el impacto hizo caer una cuña de porcelana cuyos fragmentos se dispersaron como lluvia por los escalones. Volvió a salir después de unos cuantos minutos con algo oculto en la mano. Bajó por las escaleras y se detuvo en el rellano que dominaba la sala como si fuera un escenario. Hizo una declaración a gritos que aterró y sorprendió a su esposa, su padre y sus hijos, luego se metió algo a la boca y lo tragó.

MONDORF-LES-BAINS

La pequeña aeronave Piper L-4 no pudo moverse, pesaba demasiado para realizar un despegue seguro. El único pasajero, Hermann Göring, otrora as de la Primera Guerra Mundial, jefe de la alguna vez temida Luftwaffe, y el más alto oficial del Tercer Reich que aún seguía con vida.

Aquél era un arrullo poco común para Göring, quien había permanecido varias semanas en un estado de movimiento continuo, incertidumbre y peligro desde que abandonó Carinhall, su amado refugio de caza y lugar de celebraciones. Luego de que él —de una manera heroica, desde su punto de vista— se ofreciera a asumir el control del gobierno nazi, tuvo que soportar el encierro forzado que Adolf Hitler le ordenó y, para colmo, solo un poco después se enteró también de que Martin Bormann les había dado instrucciones a las fuerzas alemanas para que lo asesinaran, y se vio obligado a escabullirse con torpeza de la custodia de la Schutzstaffel (la SS).

El 7 de mayo de 1945 —día previo a la rendición de Alemania—, menos de cuarenta y ocho horas antes de abordar la Piper, Göring le envió al mando militar estadounidense una carta a través de una línea de batalla que empezaba a desintegrarse. En esta admitía la inminente caída de la Alemania nazi y se ofrecía a ayudar a los Aliados a formar un nuevo gobierno del Reich. Robert I. Stack, general brigadier del ejército de los Estados Unidos, quedó maravillado ante tal audacia y, en muy poco tiempo, ya se encontraba dirigiendo un convoy de soldados en jeeps para ir a capturarlo. Cerca del pueblo austriaco de Radstadt, Stack alcanzó a la ca-

ravana de vehículos de Göring, quien iba en un Mercedes-Benz equipado con vidrio antibalas.

El chofer le dio un codazo a Göring y dijo:

—Aquí están los estadounidenses, Herr Reichsmarschall.

Göring se inclinó hacia Emmy, su esposa, y musitó:

—Tengo un buen presentimiento.

Stack salió de un vehículo del ejército de Estados Unidos y ambos se saludaron. Göring y su esposa, alguna vez una de las parejas más poderosas de Europa, habían llegado al fin de su guerra. Emmy lloraba. Esa reunión con oficiales enemigos en un camino lleno de refugiados «fue, sin duda, un momento extremadamente doloroso para nosotros», escribiría ella más adelante.

El general brigadier llamó por teléfono a la oficina en el área de campaña del general Dwight D. Eisenhower, comandante supremo de las Fuerzas Aliadas en Europa, para hacerle llegar la noticia de la captura. Göring, quien se consideraba a sí mismo el más carismático e internacionalmente admirado de los líderes alemanes, creyó que Eisenhower ordenaría su inmediata liberación. Los soldados estadounidenses lo escoltaron a él y a su familia al castillo Fischorn, cerca de Zell am See. Ahí, el prisionero bromeó con sus captores mientras su familia se instalaba en las habitaciones del segundo piso y cenaba con Stack. Göring le dijo a Emmy que partiría al día siguiente para reunirse con Eisenhower, pero que regresaría para estar con ella. «No te preocupes si me tardo un día o dos más —le dijo. Y después de reflexionar un poco, añadió—: Para ser franco, creo que todo va a estar bien. ¿No opinas lo mismo?»

Göring pasó la noche en el cuartel general del Séptimo Ejército de los Estados Unidos en Kitzbühl, donde volvió a solicitar un salvoconducto y una reunión con Eisenhower. Sus captores le dijeron que era poco probable que esa reunión se llevara a cabo, sin embargo, Stack y su personal le brindaron varias cortesías: el líder nazi bebió champán en los eventos de los soldados estadounidenses, posó para fotografías, dio una conferencia de prensa y fue tratado por última vez como el representante de Estado de alto nivel que él mismo consideraba que era.



A la mañana siguiente, vestido con su uniforme gris de la Luftwaffe, Göring fue llevado al borde de una pista de aterrizaje cercana, y de ahí hasta la apretada cabina del Piper, donde se hizo evidente que la aeronave no podría transportar aquella carga de más de ciento veintidós kilos.

Alguien encontró un Piper L-5, avión ligeramente más grande con suficientes caballos de fuerza para transportar al prisionero nazi. Göring lo abordó y se instaló en el asiento trasero, pero entonces surgió otro impedimento para realizar el viaje de manera segura, ya que no pudo estirar el cinturón para pasajeros lo suficiente para rodear su abdomen. No obstante, solo sujetó la correa suelta, se encogió de hombros y se dirigió al capitán Bo Foster, piloto de control del Cuerpo Aéreo del Ejército de los Estados Unidos: «Das gut» (Está bien), le dijo. Luego, con un gesto de indiferencia, recargó el codo fuera de la ventana, encima del fuselaje, mientras Foster deslizaba el aeroplano sobre la pista para luego elevarse en el aire.

El Piper voló durante cincuenta y cinco minutos a Augsburg, Alemania, donde esperaban los oficiales de inteligencia estadounidense del Séptimo Ejército. En el camino, Göring y Foster mezclaron el alemán y el inglés para discutir sobre el panorama que veían venir. Göring señaló los campos de aviación y las zonas industriales que reconoció, pero también hablaron de otros temas. Foster preguntó cuándo comenzó Alemania a desarrollar aeronaves con motores jet, y Göring contestó: «Demasiado tarde», y se rio. El Reichsmarschall era agudo y genial. Foster llevaba una .45 en su pistolera del hombro, pero si su prisionero —un piloto experto— hubiera tratado de aprovechar su cercanía para asumir el control de la aeronave, él no habría podido soltar los instrumentos y usar alguna de sus manos para defenderse. Tanto Foster como el prisionero de guerra más famoso del mundo estaban indefensos, el uno frente al otro.

Después del aterrizaje, Foster le pidió a Göring que firmara un reporte de vuelo en blanco. El hecho de pasar una hora con el nazi en un ambiente tan íntimo, le había incomodado. Décadas más tarde, recordó:

«Me di cuenta de que era como si [uno de] nuestros oficiales hubiese sido arrestado. No podría decir que modificó mi visión de la guerra, pero me mostró que hay... —el piloto dejó que la oración feneciera sin terminar— bueno, empecé a cuestionar todo lo que dábamos por sentado respecto a esta despiadada gente», añadió.

Emmy y Edda Göring, la esposa y la hija de cinco años del Reichsmarschall, respectivamente, fueron llevadas al castillo Veldenstein, una residencia en Franconia que pertenecía a la familia.



En Augsburg, Göring fue despojado de sus privilegios. Los guardias tomaron posesión de su preciado bastón de Reichsmarschall: una vara de marfil de poco más de dos kilos, con grabados en relieve de águilas de oro y cruces de platino, y seiscientos cuarenta diamantes incrustados, que Hitler le dio en 1940. A pesar de todo, consumió alimentos y licor con los oficiales en el comedor del cuartel (quizá lo trataron de esa forma para que cooperara más en los interrogatorios); se regodeó en la mirada reverencial de los soldados estadounidenses y disfrutó de la atención de la prensa internacional. Asimismo habló por última vez con Albert, su hermano más joven. Albert era un antinazi que había ayudado a la resistencia checa en la guerra y con frecuencia auxiliaba a judíos perseguidos. Göring le señaló que estaba al tanto de la posibilidad de permanecer bajo custodia por un buen tiempo. «Tú serás liberado muy pronto; por favor cuida a mi esposa y a mi hija. Adiós», le suplicó.

Eisenhower continuó ignorando las solicitudes de Göring para tener una conversación «de hombre a hombre», y poco después el prisionero se enteró de que debía prepararse para otro traslado que se realizaría el 20 de mayo. Como se le permitió llevar a una persona para que lo atendiera, Göring eligió a Robert Kropp, su sirviente de mucho tiempo.

El destino de Göring era Mondorf-les-Bains, en Luxemburgo; los estadounidenses habían establecido ahí un centro de interrogatorios con un nombre en clave: Ashcan.¹ (Los británicos, con irreverencia similar,

¹ Cenicero, en inglés. (*N. de la T.*)

ya habían bautizado a uno de sus centros de detención de enemigos con el nombre Dustbin.²) Es probable que Göring se haya alegrado al saber cuál sería su destino, porque Mondorf era un antiguo pueblo con manantiales enclavado en las fronteras de Luxemburgo con Francia y Alemania, famoso por sus viñedos, parques, campos de flores y elegantes hoteles. Sin embargo, antes de su llegada, los soldados norteamericanos que se preparaban para recibir los transportes de prisioneros nazis, sacaron todo el mobiliario del ordenado pero decadente Hotel Palace y, excepto por las camas plegables y los colchones de paja, dejaron vacías las habitaciones de los huéspedes. Los candelabros desaparecieron y los vidrios de las ventanas desde donde se veían adorables panoramas del pueblo, fueron reemplazados por barras de metal y láminas inastillables de plexiglás. Los soldados también construyeron una empalizada alrededor del hotel, con cuatro torres de vigilancia equipadas con ametralladoras, y poco después instalarían reflectores, bardas de casi cinco metros de altura con alambre de púas electrificado y algunas bases de ametralladoras más.

Con aquellos toques decorativos, a Burton C. Andrus, coronel del ejército de los Estados Unidos y nuevo comandante de Ashcan, le fue difícil mantener en secreto qué uso le daría a esa construcción que anteriormente había sido un hotel. Sin embargo lo siguió intentando, incluso después de que otros reconocidos nazis también se mudaran al lugar. Entre los primeros en llegar se encontraban el gran almirante Karl Dönitz, último jefe de estado de la Alemania nazi (a quien Hitler había designado como su sucesor en un ataque final de resentimiento contra Göring); Wilhelm Keitel, comandante de las fuerzas armadas, y Alfred Jodl, su subjefe interino; Robert Ley, el funcionario nazi del Frente Alemán del Trabajo, quien tenía problemas de inestabilidad mental y no mostró ningún interés por la comida o las bebidas desde que le hicieron prisionero, pero solicitó compañía femenina de manera urgente; Hans Frank, antiguo gobernador del Reich en Polonia y ya todo un veterano en las situaciones de cautiverio, con dos intentos de suicidio en su haber; el escritor de la filosofía

² Bote de basura, en inglés. (*N. de la T.*)

nazi, Alfred Rosenberg, quien se recuperaba de un esguince en el tobillo, producto de una borrachera que se puso cuando terminó la guerra; Hjalmar Schacht, director del banco central alemán y personaje que se opuso a Hitler durante la guerra y terminó en un campo de concentración; y el editor del tristemente célebre periódico antisemita *Der Stürmer* (El Atacante), Julius Streicher, quien pasó sus últimos días de libertad en los Alpes Bávaros haciéndose pasar por pintor paisajista. Finalmente, Andrus se hizo cargo de los cincuenta y dos oficiales de alto rango del ejército alemán y funcionarios del gobierno que se encontraban en Mondorf, pero recuerda que temió que surgieran ataques externos contra los prisioneros alemanes «ya fuera por parte de fanáticos nazis que intentaran rescatar a los reclusos, o de ciudadanos de Luxemburgo, quienes debido al despiadado trato que recibieron [durante la guerra], no solamente odiaban a los nazis sino a los alemanes en general». Por ejemplo, al grupo de 176 luxemburgueses que permanecían en Mondorf recuperándose después de sobrevivir a los horrores en el campo de concentración de Dachau, no habría podido culpársele por querer linchar a los jefes nazis.

Andrus se tomaba su trabajo muy en serio. Era el paradigma de la frialdad militar. El coronel, con su lustroso casco laqueado, gafas con armazón de metal, una forma de hablar ligeramente golpeada y porte rígido, insistía en que los prisioneros nazis lo trataran con deferencia, como si fuera su oficial al mando. A pesar de que la revista *Time* lo describió como «un tipo de figura bajita y regordeta que semeja una paloma buchona», en realidad era un esbelto entusiasta del waterpolo, nacido en el estado de Washington. Medía un metro setenta y cinco, y pesaba setenta y dos kilos. Durante la Primera Guerra Mundial ganó prestigio como oficial de caballería y también fungió como alcaide de un centro de detención militar en Fort Oglethorpe, Georgia. Antes de su llegada al fuerte, la disciplina de la prisión era un desastre. Era común que los prisioneros escaparan y que los asesinos convictos hicieran cumplir sus propias reglas a través de lo que Andrus llamaba «el tribunal canguro». Para darle la bienvenida al coronel, los convictos de Georgia provocaron un disturbio y vandalizaron el bloque de celdas. El militar obligó a los organizadores del tumulto a

limpiar el desastre, construyó celdas de confinamiento solitario y redactó nuevas reglas de conducta. Luego les ordenó a los guardias dispararle a cualquier prisionero que intentara escapar. Naturalmente, después de eso la disciplina se tornó impecable.

A finales de la Primera Guerra Mundial, Andrus fue asignado al Presidio de Monterey, en California, donde fungió como funcionario de prisión e inteligencia. En la década de los veinte estuvo al mando de una tropa de caballería en Filipinas. Sus colegas lo consideraban un hombre formal, sumamente almidonado, arrogante e intolerante con cualquier desapego a las reglas, pero a finales de la Segunda Guerra Mundial, el ejército de los Estados Unidos creyó que esas eran precisamente las cualidades que debía tener el centinela de los jerarcas nazis.

Göring llegó muy contrariado a Ashcan por la falta de respeto por parte de los guardias estadounidenses que llevaban goma de mascar en la boca cuando lo trasladaron del campo de aviación. El prisionero se reportó a la oficina de Andrus aún en su uniforme de la Luftwaffe y sudando profusamente. A Andrus le desagradó desde el primer momento. «La gordura que se bamboleaba debajo de su chaqueta, producto de la buena vida, lo hacía lucir enorme», señaló Andrus; y luego describió al nazi como «un cerdo de sonrisa falsa». Bajo la sentenciosa mirada del comandante, Göring se comportó con resentimiento.

Además de su sirviente Kropp, Göring llevaba consigo una enorme caja roja de sombreros y doce maletas marcadas con un monograma. El personal de la prisión pasó toda la tarde revisando el contenido en busca de contrabando y hurgó entre artículos como medallas militares con joyas incrustadas; anillos de diamantes y rubíes; joyería engalanada con suásticas; mancuernas adornadas con piedras semipreciosas; la Cruz de Hierro que recibió Göring en la Primera Guerra Mundial; ropa interior de seda; cuatro uniformes militares; pantuflas; una bolsa para agua caliente; cuatro pares de lentes; dos cortadores de puros y una apabullante cantidad de relojes, alfileres y cigarreras. Göring también se había abastecido con la cantidad de 81,268 reichsmarks (equivalentes, en valor adquisitivo, a cerca de un millón de dólares de nuestro tiempo). El Reichsmarschall presu-

mió el hecho de que uno de sus anillos tuviera incrustada la esmeralda más grande que había visto en su larga experiencia como coleccionista de gemas. La piedra era de dos centímetros y medio de largo, y poco más de uno de ancho. Muchos de esos artículos habían sido robados a las naciones ocupadas y eran relucientes botines de guerra.

En una lata de café y entre las costuras de la ropa del prisionero, se encontró una serie de ampolletas de latón que contenían pequeñas cápsulas de vidrio donde había un líquido claro con un sedimento blanco: el mortal cianuro de potasio. Muchos de los jerarcas nazis —como Heinrich Himmler, ministro del interior y jefe de la policía alemana, y tal vez el ministro de propaganda Joseph Goebbels— ya se habían suicidado, o pronto lo harían, con cápsulas similares a éstas. Göring le confió a su sirviente Kropp que había logrado esconder por lo menos una cápsula de cianuro en su celda, lugar a donde el comandante envió al prisionero tras la revisión.

A pesar de que la celda había sido antes una habitación lujosamente amueblada que quizá tuvo paredes tapizadas y una ventana con vista al exterior, ahora era solo un cuarto vacío excepto por la endeble mesa, la silla y la cama sin almohadas. Según el relato de Andrus, Göring despedazó la silla desde la primera vez que se sentó en ella. «Si se hubiera sentado en la mesa, esta se habría desplomado de inmediato porque había sido fabricada para evitar que algún prisionero se subiera en ella y se colgara», señaló el coronel. La preocupación por los intentos de suicidio también instó a Andrus a repartir agujetas de 10 centímetros y medio de largo, es decir, suficientemente cortas para evitar que los prisioneros se ahorcaran, pero también para impedir que se amarraran bien los zapatos.

La revisión médica inicial confirmó que Göring tenía sobrepeso. Su pulso cardíaco era de ochenta y cuatro, y mostraba un latido irregular; la respiración era rápida y superficial; las manos le temblaban, y parecía tener «bastante mala condición física», señaló el médico que lo examinó. Asimismo, el prisionero comentó que había tenido varios ataques al corazón.

Al principio fue grosero con los guardias, permaneció molesto porque lo habían detenido como sospechoso de haber cometido crímenes y con-

tinuó quejándose con Eisenhower. A menudo, cuando se le llamaba, les infundía matices sarcásticos a sus respuestas, al saludo marcial y al choque de sus tacones frente al personal de la prisión. En Mondorf reclamó haber recibido un trato «que me conmocionó profundamente porque yo era mariscal y, además, el oficial alemán de más alto rango». También les reprochó a las autoridades que su cuarto no tenía luz ni perilla en la puerta; que casi todos sus objetos personales le fueron arrebatados; que la confiscación de sus medallas y su bastón de mariscal había sido humillante; que oficiales Aliados de menor rango lo denigraron y, quizá lo más triste, que tuvo que prescindir de los servicios de Kropp, su sirviente personal, porque las autoridades Aliadas le asignaron realizar labores manuales en otro lugar como prisionero de guerra (PDG). (Poco antes de la partida de Kropp de Mondorf, la cual casi hizo llorar al Reichsmarschall, el sirviente realizó una última tarea para su patrón: robó una almohada que los estadounidenses recuperaron casi de inmediato.) Göring le solicitó a Eisenhower que lo sacara de Mondorf en avión para visitar a su familia y que le devolviera a Kropp o enviara a otro sirviente alemán para servirle como valet personal. El comandante Aliado no respondió. Andrus, sin embargo, estaba furioso y regañó a todos los prisioneros:

Si bien no es mi deseo impedir que ustedes escriban cartas respecto al supuesto robo de propiedad y otras violaciones a los derechos humanos, las comunicaciones acerca de los inconvenientes o la falta de conveniencia, o sobre sus opiniones respecto a cualquier acto indigno o a cualquier deferencia que se les deba, será infructuosa y solo servirá para disgustar a las autoridades... El comandante, sus superiores, los gobiernos Aliados y la gente de las naciones del mundo, no son indiferentes a las atrocidades cometidas por el gobierno alemán, sus soldados y sus oficiales civiles. Cualquier solicitud que hagan los perpetradores e involucrados con el fin de incrementar su comodidad, solo logrará acentuar el desprecio que ya se les tiene.

A pesar de la reprimenda, Göring se volvió un fastidioso crítico de la prisión y le encontraba defectos a todo, particularmente a la comida.

